

armario, y por el bien de todos era preferible que siguiera siendo así. Pocos niños sabían guardar bien esa clase de secretos.

—Genial —asintió Miranda.

—Los Desechos insisten en que tú también estés presente. Quieren conocerte, así que tendrás que venir. —Miranda abrió mucho los ojos ante la posibilidad de abandonar aquella madriguera, aunque fuera por unas horas. La sola idea la embriagaba de miedo y entusiasmo a partes iguales—. Creo que será buena idea. Además de eso, a Red le gustará ver una cara conocida cuando despierte.

«Cuando despierte», se repitió Miranda para sus adentros. Jax podría haber dicho «si lo conseguimos», o quizá «si el droide despierta», pero había hablado de aquella escaramuza como un hecho futuro.

Sí, iba a ocurrir: estaban a punto de asaltar el próximo cargamento de droides modelo RD del Gobierno para conseguirle un nuevo cuerpo a Red.

El nudo de la garganta era tan fuerte que costaba horrores de manejar.

—Vendré a traerte el desayuno mañana a primera hora —anunció Jax, mientras se escurría fuera del agujero de la pared.

—Gracias —repitió Miranda, abrumada.

Jax se detuvo. Se dio la vuelta y negó con la cabeza. Una sonrisa asomaba en sus labios.

—No, Miranda. Gracias a ti —dijo—. Por haberme recordado cuál es mi norte.

Asintió con la cabeza y la dejó sola, tapando el agujero con el armario.

Miranda se dejó caer sobre el colchón.

Iba a recuperar a Red. Y entre los dos encontrarían a Hugo y a Suki. Y después... ya verían lo que vendría después.

La familia iba siempre lo primero, al fin y al cabo.